

LIBRO TREINTA Y SIETE.

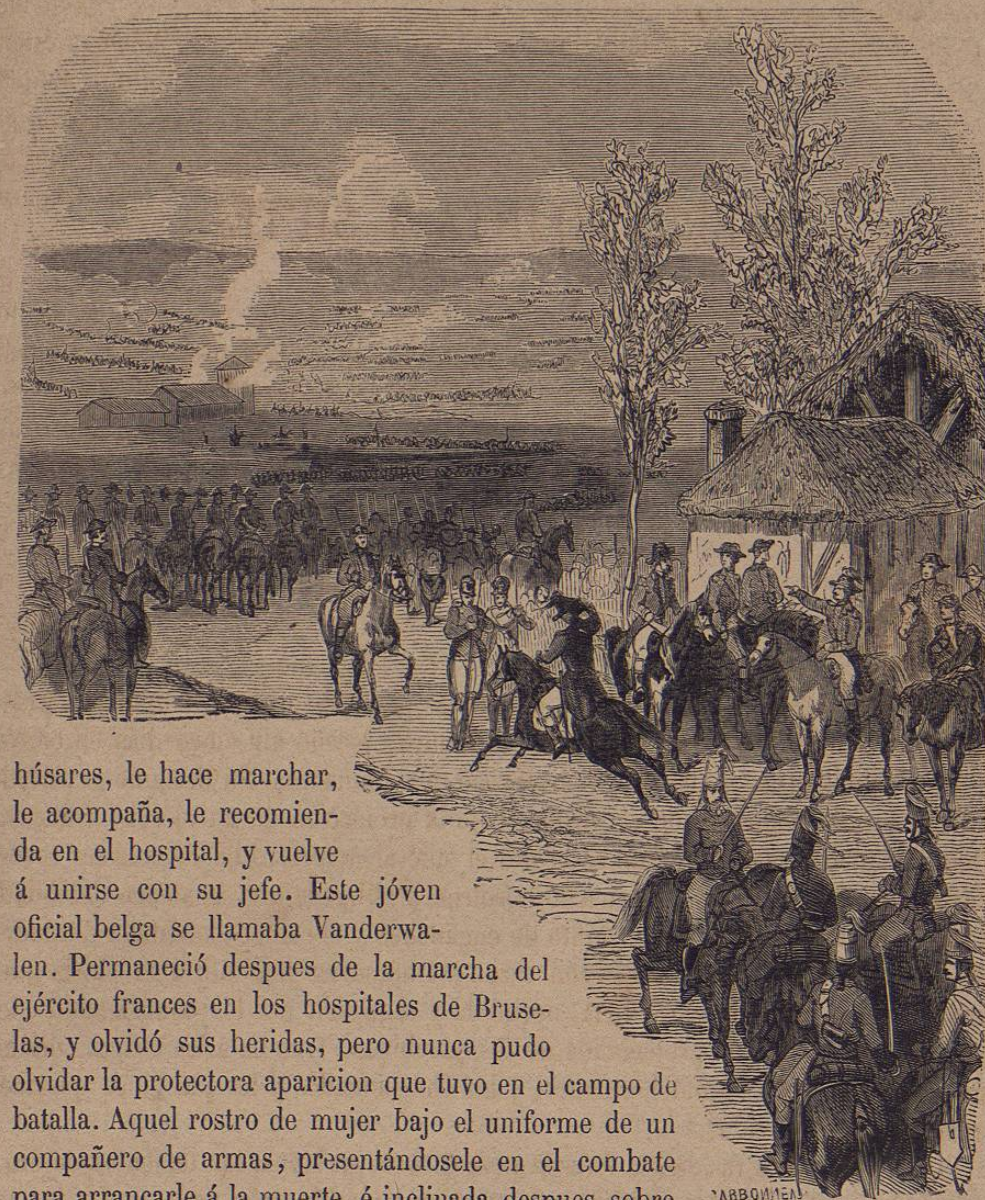
Dumouriez contemporiza.—Bélgica.—Danton.—Sus planes.—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á Paris.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados en el campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

I

El ejército frances halló en Mons doscientas piezas de artillería é inmensas provisiones destinadas al ejército imperial. Dumouriez perdió allí cinco dias en organizar la administracion del país y el servicio de suministros. Su designio era dejar á Bélgica que dispusiese de sí misma, bajo la proteccion de un ejército frances. Una nacion independiente, animada por el odio al Austria, hija de nuestra revolucion, condenada á vivir ó morir con nosotros, y obligada por su misma debilidad á ser el gránero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de batalla de nuestros ejércitos del Norte, parecia con razon á Dumouriez más útil á su patria que una provincia conquistada, sujeta, oprimida y saqueada por los comisionados de la Convencion y por la propaganda de los jacobinos. Trataba á los belgas, desde sus primeros pasos, como hermanos, y los comisionados y los jacobinos querian tratarlos como vencidos.

Durante aquella residencia forzada pero funesta en Mons, los tenientes de Dumouriez, ejecutando lenta y débilmente su plan, se adelantaba cada uno sobre la línea que él les habia trazado: Valence á Charleroi, Labourdonnaye á Tournay y á Gante. Despues de una serie de combates de puestos avanzados que se sucedieron del 12 al 14 de Noviembre, el ejército entró en Bruselas, capital de Bélgica, que habia sido evacuada la víspera por el mariscal Bender.

En uno de aquellos encuentros entre la vanguardia francesa y la retaguardia austriaca, una de las jóvenes amazonas Fernig, Felicidad, que llevaba las órdenes de Dumouriez á la cabeza de las columnas, impulsada por su ardor, se vió rodeada con un puñado de húsares franceses por un destacamento de hulanos enemigos. Libre con dificultad de los sables que la amenazaban, volvia brida con su grupo de húsares para unirse á la columna, cuando percibe un joven oficial de voluntarios belgas de su partido, derribado del caballo por un tiro y defendiéndose con su sable contra los hulanos que trataban de matarle. Aunque no conocia á aquel oficial, Felicidad, al verle, va á su socorro, mata de dos pistoletazos á dos de los hulanos, pone en fuga á los otros, se apea, levanta al moribundo, le confia á sus



húsares, le hace marchar, le acompaña, le recomienda en el hospital, y vuelve á unirse con su jefe. Este joven oficial belga se llamaba Vanderwahlen. Permaneció despues de la marcha del ejército frances en los hospitales de Bruselas, y olvidó sus heridas, pero nunca pudo olvidar la protectora aparicion que tuvo en el campo de batalla. Aquel rostro de mujer bajo el uniforme de un compañero de armas, presentándosele en el combate para arrancarle á la muerte, é inclinada despues sobre su lecho en el hospital, se presentaba sin cesar á su imaginacion.

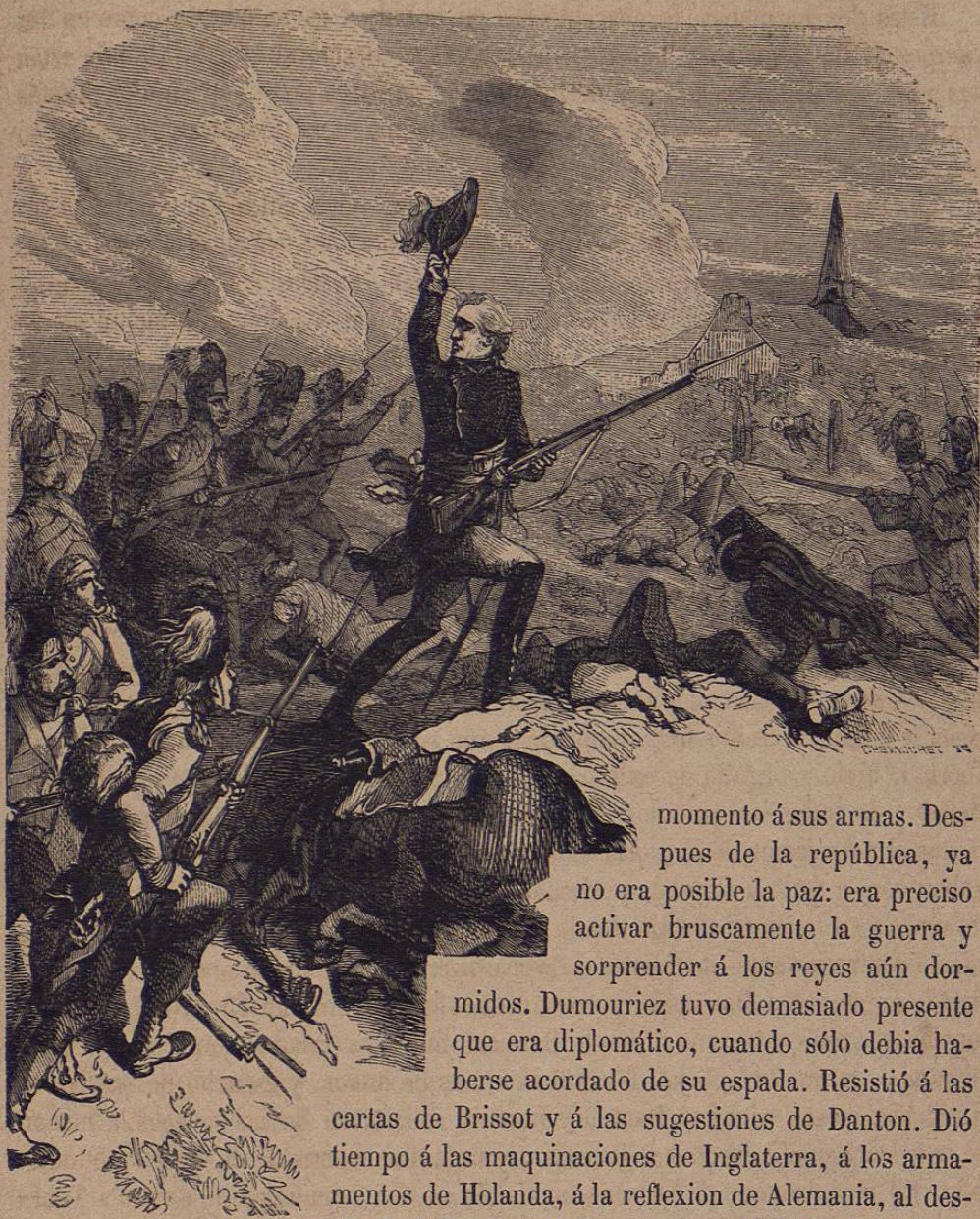
Batalla de Jemmapes.—Pág. 562.

Quando Dumouriez se escapó al extranjero, y el ejército perdió la huella de las dos jóvenes guerreras que habia llevado consigo en sus infortunios y en su destierro, Vanderwahlen dejó el servicio militar y viajó por Alemania en busca de su libertadora. Sin fruto alguno recorrió durante mucho tiempo las principales ciudades del Norte, no pudiendo adquirir ninguna noticia de la familia Fernig, hasta que por último la descubrió retirada en el interior de Dinamarca. Su reconocimiento se cambió en amor por aquella joven, que habia vuelto á tomar el traje, las gracias y la modestia de su sexo. Se casó con ella, y la llevó á su patria. Teófila, su hermana y su compañera de gloria, siguió á Felicidad á Bruselas, donde murió aún joven, sin haberse casado. Cultivaba las artes, siendo música y poetisa como Victoria Colonna. Dejó poesías llenas de varonil heroísmo y de sensibilidad femenina, y dignas de acompañar su nombre á la inmortalidad.

Estas dos hermanas, inseparables así en la vida y en la muerte como en los campos de batalla, yacen bajo el mismo ciprés en tierra extranjera. ¿Dónde están sus nombres sobre las páginas de mármol de nuestros arcos de triunfo? ¿Dónde sus retratos en Versalles? ¿Dónde sus estatuas en nuestras fronteras, que regaron con su sangre?

Los magistrados de Bruselas llevaron las llaves de la ciudad al cuartel general francés, que estaba en el pueblo llamado Anderlecht. «Volved á tomar estas llaves,—les dijo Dumouriez;—nosotros no somos vuestros enemigos. Sed independientes, y no sufráis el yugo del extranjero.» Todo el ejército desfiló en medio de las aclamaciones del pueblo por la ciudad de Bruselas; pero el general no dejó expuesta la ciudad á las depredaciones de un ejército en campaña, ni afeminarse á éste en las tentaciones y la indisciplina de una gran capital. Encerró sus tropas en el campamento de Anderlecht. Cuatro mil hombres de tropas belgas, uniéndose á los libertadores de su patria y tomando la escarapela tricolor, vinieron á afiliarse bajo sus banderas y á llenar los vacíos que la batalla de Jemmapes había causado en nuestro ejército.

Engrandecido Dumouriez por este doble triunfo; amado de la nación, cuya independencia había salvado en Valmy, de su ejército, que le debía la victoria, y de los belgas, cuya emancipación prometía regularizar; ministro, diplomático, general y administrador feliz; teniendo unido su nombre á la primera victoria de libertad, ídolo y orgullo de toda una nación, era en aquel momento el verdadero dictador de todos los partidos. Madame Roland le escribía cartas confidenciales en que el entusiasmo de la gloria tenía algo de delirio. Gensonné y Brissot le mostraban con el dedo á Holanda y Alemania para que las conquistase. Los jacobinos coronaban su busto en el sitio donde celebraban sus sesiones. Robespierre callaba por no contrariar ántes de tiempo el favor universal. Sólo Marat se atrevía á denunciar de antemano á Dumouriez como un tráfuga ó como un Cromwell. La Convención recibió en su seno al bravo Bautista, ántes su criado, ahora su ayudante de campo, le nombró oficial, le confirió armas de honor, y escuchó de sus labios la relación de sus triunfos. Danton y Lacroix solicitaron de sus colegas la misión de ir á felicitar al vencedor á Bruselas, y organizar detrás de él el país conquistado. En fin, el duque de Orleans, enviando su hija á madama de Genlis á Tournay, se acercó también al ejército en que sus dos hijos, pupilos de Dumouriez, adornaban el cuartel general; de modo que Dumouriez podía elegir, teniendo en su mano la república y la monarquía. Era para él la realización de aquella dictadura que Lafayette no había hecho más que soñar; pero sin duda la hora de proclamarla no había llegado para él. La república, nacida apenas, no podía tener aún aquellos arrepentimientos que hacen posible el dominio de un jefe armado sobre partidos extenuados; pero aquella hora, acelerada por los movimientos anárquicos que destrozaban á Paris y que iban á diezmar á los unos por los otros, podía y debía sonar. Dumouriez nada tenía que hacer más que dejarse levantar cada vez más por la oleada, pero no lo hizo; al contrario, él mismo detuvo el movimiento que le traía la fortuna. En lugar de ser durante algunas campañas el conquistador de la república, pensó demasiado pronto en hacerse su moderador. Danton comprendía mejor que el mismo Dumouriez su misión militar, y el impulso temerario, repentino é inesperado que debía, sin mirar hácia atrás, dar en aquel



Toma de los reductos de Jemmapes.
Pág. 363.

momento á sus armas. Después de la república, ya no era posible la paz: era preciso activar bruscamente la guerra y sorprender á los reyes aún dormidos. Dumouriez tuvo demasiado presente que era diplomático, cuando sólo debía haberse acordado de su espada. Resistió á las cartas de Brissot y á las sugerencias de Danton. Dió tiempo á las maquinaciones de Inglaterra, á los armamentos de Holanda, á la reflexión de Alemania, al desvío de Bélgica, á que su mismo ejército se entibiase, y á las conspiraciones de sus generales contra él. La contemporización, muy útil con frecuencia en tiempos tranquilos, pierde á los hombres en los tiempos decisivos. La esencia de las revoluciones es el movimiento; contenerlas es lo mismo que hacerles traición, y militarmente ésta fué la falta de Dumouriez.

II

Los belgas, sin duda alguna, querían ser tratados con miramiento. La revolución que Dumouriez les llevaba no debía ser enteramente una servil y anárquica imitación de la de Paris. Los dos pueblos, tan semejantes por su situación geográfica, por el suelo y por las ideas, no se parecen en el carácter. Estos hombres del Norte, gruesos por la fertilidad de la tierra, ricos por una industria y un comercio

opulento, disciplinados por un catolicismo rígido; habiendo conservado, hasta bajo el despotismo sacerdotal de Felipe II, el borrascoso sentimiento de las libertades municipales y el orgullo individual del ciudadano; de corazón libre, apasionados por las artes, rivales de la misma Roma, de genio muy á propósito para la pintura y para la música; no teniendo en su territorio aquellas grandes capitales en que se acumula y fermenta la hez de una nación, sino solamente un pueblo y poco populacho, los belgas tenían una idea muy distinta que nosotros de la libertad. La república que les convenia, aristocrática, con clase media y sacerdocio, no era el triunfo de una plebe turbulenta sobre la riqueza y las luces del resto de la nación: era la distribución regular de los derechos y de los poderes entre todas las clases del país. En Francia, la libertad era una conquista; en Bélgica, un hábito. La primera necesitaba una Convencion; la naturaleza de la segunda exigia un Senado.

Mas no era aquél el tiempo de deliberar acerca de la forma definitiva de gobierno y administracion que debia darse á Bélgica. Conquistarla, entusiasmarla, sublevarla á nuestro paso, atravesarla llevando con nosotros sus revolucionarios y sus soldados á la conquista de Holanda y del Rhin, era la única obra militar de Dumouriez. Un gobierno provisional, bajo la proteccion y el impulso del ejército frances, bastaba para todo. La promesa de una organizacion semi-independiente, proporcionada á los servicios que el pueblo belga nos hubiera prestado en la guerra comun, era la única política indicada por el momento á la Convencion y á su general. Dumouriez, emancipando á Bélgica, se hacía, á ejemplo de los generales de Roma, el patrono de un pueblo, y tenia derecho para exigir de él los subsidios y las provisiones necesarias al ejército libertador.

La Convencion, cuya hacienda manejaba Cambon, estaba demasiado agotada para pagar por sí sola y mantener los ejércitos. Enviaba detras de su general comisionados para apremiar á las provincias y á las ciudades belgas. Estos, tratando aquellas provincias y ciudades más como país conquistado que como auxiliar, se arrojaban sobre Bélgica como sobre una presa, y transformaban en rapiñas personales las subvenciones patrióticas que estaban encargados de exigir y administrar. Hallándose en lucha violenta y declarada por esta causa con Cambon, con el ministro de la Guerra, Pache, y con sus agentes en Bélgica, el general ponía obstáculos á las medidas de hacienda de la Convencion y á la marcha de sus mismas tropas, que carecian de todo en el granero de Europa, que murmuraban, se desbandaban y desertaban. En aquel momento llegó á Bruselas Danton con su amigo Lacroix.

Al salir de Paris y al buscar una mision en los campamentos, proponíase Danton un doble objeto: primero, evitar con su ausencia el declararse en la lucha abierta entre los jacobinos y los girondinos; y segundo, acercarse al teatro de la diplomacia y de la guerra. En fin, podia concertar mejor con Dumouriez los planes de dictadura que fermentaban en su alma, y el restablecimiento de una monarquía constitucional. Las noticias más auténticas é íntimas no dejan ninguna duda sobre los verdaderos sentimientos de Danton respecto de la república; no ocultaba á su esposa, ni á sus parientes, ni á sus amigos, su deseo de combatir la anarquía tan pronto como ésta se cansase de sí misma, de tratar con Prusia ó al ménos con Inglaterra, de restablecer un trono y sentar en él un príncipe tan comprometido en la revolucion como Francia. Este príncipe era entónces el duque

de Orleans, bajo cuyo nombre pensaba reinar el mismo Danton. Por consejo de éste, el duque de Orleans partió en aquella época al ejército, y fué á residir algunos meses en Tournay, con pretexto de reunirse allí con su hija y con madama de Genlis.

Danton, esperando que sus vagos planes tomasen consistencia, se esforzaba en hacerse el conciliador entre Pache y Dumouriez. Le importaba mucho conservar á la cabeza del ejército un general tan incrédulo como él en el sistema republicano, é igualmente inclinado á la restauracion de la monarquía constitucional.

Sin pronunciarse, pues, abiertamente sobre la cuestion de la reunion definitiva de Bélgica á Francia, Danton y Lacroix atizaban el fuego del jacobinismo en Bruselas, fraternizaban con los belgas más exaltados, y distribuian á sus confidentes los despojos de los bienes eclesiásticos de las iglesias y de los conventos. Su fortuna personal, aumentada entónces, siendo desconocido el origen, hizo que se le acusase de imitar las concusiones de los procónsules romanos, y se vieron precisados á comprar el silencio aún del mismo general dándole una parte de aquellas dilapidaciones nacionales.

Sea lo que quiera de estos rumores, que acreditaban sin probarlos el inexplicable lujo de Danton y de Lacroix y su familiaridad con Dumouriez, el desorden, la contradiccion y la incoherencia señalaban las medidas administrativas de los franceses desde su entrada en Bruselas. El ejército perdía sus fuerzas, la república su consideracion, y el general la ocasion de afirmar su conquista y de avanzar más y más.

Encargó al general Labourdonnaye que tomase á Amberes. Su vanguardia, mandada por Stengel, habiendo salido de Bruselas el 10, se apoderó de Malinas, arsenal de los austriacos, donde se hallaron municiones para una campaña. El mismo Dumouriez entró en Lovayna y en Lieja. Amberes, que habia resistido hasta entónces á los débiles ataques de Labourdonnaye, se rindió al general Miranda. Un mes bastó para la conquista de Bélgica y el principado de Lieja. Danton, Lacroix y treinta y dos comisarios de la Convencion ó de los Jacobinos siguieron al ejército de Lieja, y decidieron á este país á que pidiese, como Saboya, su reunion á la república francesa. Dumouriez, opuesto á esta medida, que obligaba al imperio germánico, aún indeciso, á declararnos la guerra por aquel desmembramiento de la federacion alemana, declaró igualmente con sentimiento la guerra á Holanda, rompiendo el bloqueo del Escalda.

Interceptado este rio, se arruinaba el comercio de Amberes, rival de Amsterdam. El emperador José II, despues de haber hecho la guerra á Holanda para obtener la libertad de navegacion en aquel rio por interes de los países sometidos á su dominacion, habia concluido por renunciar á aquel objeto de la guerra, y por vender á los holandeses en catorce millones de libras la interceptacion del Escalda. Francia, conquistadora de los Países Bajos, no ponía respetar aquel indigno tratado, que enajenaba, en detrimento de sus nuevos súbditos, hasta la naturaleza. La república dió la libertad al rio, y este beneficio que Francia hizo á los belgas pareció una injuria á los holandeses y á los ingleses, entónces protectores celosos de Holanda. La apertura del Escalda no contribuyó ménos que la muerte de Luis XVI á que Mr. Pitt se decidiese á declarar la guerra á la república.